

# NO PUEDO SOLTARME

HORACIO BONAR

(1808-1889)

El barco era muy alto, y no tenía ninguna escalera, ni de sogas ni de hierro, por la cual el pobre muchacho pudiera descender al pequeño bote a ras del agua.

El muchacho, que se sostenía con una soga, miró hacia abajo y comprendió su dilema. Allí estaba el bote salvavidas, y aquí estaba él en el barco que lentamente se hundía. Oyó que le gritaban desde abajo; vio a cinco o seis hombres fornidos esperando para recibirlo; pero no podía decidirse a soltar la soga y saltar.

Sintió que el barco subía y bajaba violentamente con la marejada; observó también la distancia entre él y los que, desde abajo, querían rescatarlo, y no se animó a saltar. ¿Qué si erraba al bote y caía en el mar en lugar de los brazos extendidos que lo esperaban? Se aferró con todas sus fuerzas a la soga, y procuró volver al barco. Pero otra vez escuchó los gritos:

--¡Suéltate de la soga!

No se animaba a volver, y tenía miedo dejarse caer. Así que se aferró a la soga como si fuera su única salvación. Nuevamente escuchó los gritos:

--¡Suéltate!

Su respuesta fue:

--No puedo soltarme.

Por fin, al aumentar el peligro, las recias pero tiernas voces desde abajo vencieron su temor y desconfianza. Se “soltó”; y sin el más mínimo esfuerzo cayó en los fuertes brazos que lo esperaban para recibirlo. Estaba a salvo; y al sentir que lo estaba, no pudo menos que reírse de su propia necedad al no querer soltarse, dando como su razón para no hacerlo que “no podía”.

“No puedo creer en Cristo”, es la queja que oímos con frecuencia de las almas inquietas. ¿Qué significa esto? ¿Los que eso dicen son realmente sinceros? ¿Han considerado lo que dicen? ¿No son acaso exactamente como el pobre muchacho colgado al costado del barco que gritaba: “No puedo soltarme”? Si hubiera tenido confianza en el bote al ras del agua y en los hombres allí abajo, ¿se hubiera quedado en esta extraña posición y gritando su extraña excusa? ¿Acaso no tenía más confianza en la soga a la cual se aferraba que en el bote listo para recibirlo? Se vio en peligro, de otro modo no se hubiera agarrado a la soga, pero creía que había menos peligro en aferrarse a la soga que en dejarse caer al bote. Entonces siguió aferrándose con todas sus fuerzas a aquello que no lo podía salvar. Si su salvación hubiera dependido de ese aferrarse, el grito: “No puedo seguir sosteniéndome, ya no tengo fuerzas” hubiera sido muy natural y comprensible; pero, si su salvación dependía de dejar de aferrarse a aquello que no lo podía salvar y sencillamente caer a lo que lo podía salvar, el grito era una necedad y una mentira.

Sucede lo mismo con las almas inquietas a las que nos hemos referido. No ven la puerta abierta del arca, los brazos extendidos del Libertador. Es ese Libertador que clama a cada uno:

--Suéltate, te estoy esperando con los brazos abiertos para recibirte.

En cambio parecen pensar que les está ordenando hacer algo extraordinario, hacer proezas basadas en sus propias fuerzas. Entonces responden a sus mensajes de gracia:

--¡No puedo, no puedo!

El Señor los ve aferrándose con todas sus fuerzas a su yo, y dice:

--Suéltate, suéltate.

Pero ellos responden:

--¡No puedo!

¿Acaso no es esto una necesidad? ¿No es un rechazo de su obra consumada?

Supongamos que cuando Jesús le dijo a Zaqueo que bajara del sicómoro, éste hubiera respondido: “¡No puedo!” ¿Qué sentido habría tenido eso? Si el Señor le hubiera pedido que se subiera al árbol quizá habría sido más lógico que dijera “¡No puedo!” Pero cuando Cristo dice “¡Desciende!” tal excusa hubiera sido absurda.

Supongamos que el padre, al recibir a su hijo pródigo hubiera dicho: “Vete a casa, ponte el mejor ropaje y luego acércate a mí”. Entonces hubiera tenido algo de sentido que el hijo dijera: “¡No puedo!” Pero como el padre les dijo a los siervos: “Sacad el mejor vestido, y vestidle”, tal excusa hubiera sido absurda, demostrando que el hijo no estaba dispuesto a recibir esa ropa. El padre no deja que el hijo *tenga que hacer nada*; lo único que anhela es que *reciba*. Y es como si dijera: “Déjame que yo te vista, déjame que te vista con la mejor ropa”. Proporciona todo: la obra de *ponerle* la ropa al igual que la ropa misma.

Lo que muchos llaman dificultad en creer es, en esencia, fariseísmo. Sí, el fariseísmo *es* la raíz de esta dificultad. Los hombres se aferran al *yo* tal como el muchacho se aferraba a la soga; no se sueltan, y no hacen más que clamar que no pueden.

Reconozco la dificultad. Tiene sus raíces en la amargura. Pero es mucho más profunda de lo que muchos creen. Es mucho peor y mucho más grave de lo que están dispuestos a reconocer. Es el *fariseísmo* contundente del hombre le que constituye la dificultad. No está dispuesto a soltarse, y dice: “¡No puedo!” para disimular su culpabilidad de no querer hacerlo.

En lo profundo del ser depravado del hombre yace este terrible mal que sólo Dios puede quitar, esta determinación de no renunciar al yo. Se engaña tristemente a sí mismo en este sentido, a fin de tapar su culpa y pasarle a Dios la culpa de su incredulidad. ¡Cree que tiene que *hacer* algo extraordinario aunque Dios ha declarado repetidamente, cientos de veces, que *lo extraordinario* ya ha sido hecho! Él quiere hacer lo extraordinario, y recibir el mérito por ello; y porque Dios ha declarado que esta obra extraordinaria ha sido realizada, “una vez y para siempre”, para nunca volver a ser realizada, el hombre se recluye en sí mismo, y procura encontrar otra obra extraordinaria en él mismo por la cual, haciéndola, agrada a Dios y satisfará su propia conciencia. *La aceptación del acto extraordinario realizado* es lo que Dios le muestra como total y absolutamente suficiente para obtener salvación y paz. Pero el hombre lo rechaza. Cree que tiene que esperar, obrar, esforzarse y llorar antes de encontrarse en la posición de poder aceptar lo que Dios ofrece. Y por eso es que responde “no puedo” a todos los mensajes de los “embajadores de paz”. No está dispuesto a hacer lo que Dios quiere que haga; lo sustituye con algo

propio, algún proceso de prepararse para aceptar: y como descubre que no avanza en esta obra de “humildad voluntaria”, dice: “¡No puedo!”

Dios lo pone cara a cara con la cruz, diciendo: “¡Mira y vive!” ¡Pero esto le parece demasiado sencillo, y se aparta buscando algo para *hacer*! Dios pone la fuente delante de él, y le dice: “Lávate”. Pero él responde: “No puedo” y se aparta para acudir a alguna otra cosa. Dios le trae la mejor vestimenta: la justicia del Justo, y ofrece vestirlo con ella. Pero esto es demasiado sencillo. No deja nada para que él mismo *haga*, nada más que ser vestido por otras manos en el ropaje de otro. Y, por lo tanto, con una pretendida humildad, demora aceptar el ropaje, ¡afirmando que no se lo puede poner! Dios lo coloca cara a cara con su amor gratuito y dice: “Toma esto y descansa”. Pero como esto todavía da por hecho que *el acto extraordinario ya ha sido realizado*, por lo cual este amor gratuito quiere fluir en el pecador: y que ahora Dios, a fin de aceptarlo, quiere que sencillamente reconozca esta gran obra y su perfección, vacila y le da la espalda a la propuesta divina, negándose a dejar que fluya en él ese amor, ¡simplemente porque es absolutamente gratuito! Se parece al general sirio a quien Eliseo le dijo que se lavara en el río Jordán para curarse de la lepra:

“Naamán se fue enojado, diciendo: He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzará su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra. Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado” (2 Reyes 5:11, 12). ¿No le diríamos al que rechaza el ofrecimiento de Dios lo mismo que dijeron los siervos de Naamán en aquella ocasión? “Si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?”

No obstante, la sencillez del evangelio no disminuye la depravación del hombre, ni reemplaza la necesidad de contar con el poder del Espíritu Santo. Es en relación con este evangelio gratuito que la “incredulidad del corazón impío” se ha manifestado con más fuerza. El evangelio es sencillo, el camino es sencillo, la cruz es sencilla; pero el corazón del hombre los rechaza. Se resiste y los desprecia. Prefiere algún camino propio, y le echa la culpa a Dios por su propia maldad.

De allí, que se necesita al Espíritu Santo, por cuya mano el Todopoderoso obra en el alma humana en formas tan invisibles y sencillas que, cuando por fin el hombre cree, se pregunta cómo pudo quedarse lejos de Dios por tanto tiempo, rechazando el evangelio. El Espíritu obra para arrasar con la enemistad, quitar la dureza, abrir los ojos y renovar la voluntad: “El viento sopla de donde quiere” y nosotros no sabemos “de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Es la profunda depravación y la total enemistad del hombre con Dios lo que hace que el poder del Espíritu todopoderoso sea indispensable para que aquel sea renovado. Pero es muy importante que no use esa depravación como una excusa para acudir a Dios o para aprovecharse de la doctrina de la obra del Espíritu, haciéndola su razón para aferrarse al yo y negarse a creer el evangelio; como si estuviera más dispuesto a esforzarse que lo dispuesto a obrar está el Espíritu; o como si quisiera creer, pero el Espíritu no lo ayuda.

Fue la *culpabilidad* del hombre lo que hizo que la cruz fuera necesaria; porque si esa culpabilidad no se hubiera quitado, todo lo demás sería en vano. Estar *bajo condenación* significaría quedarse fuera del reino para siempre. Tener al Juez de todos en su contra en el día del juicio final significará una condenación cierta. La cruz ha venido para quitarnos esa culpabilidad y cargársela a otro, al que es capaz de cargarlo todo, sobre aquel que es poderoso para salvar. Cristo sufrió lo que debió sufrir el pecador, para que el pecador pudiera ser libre. El Juez está satisfecho con la obra realizada en el Calvario, y no pide más: y cuando el Espíritu Santo lleva al pecador a estar satisfecho con aquello que ha satisfecho al Juez, se rompen las cadenas que ataban la carga a sus hombros, y la carga cae para desaparecer eternamente, sepultada en la sepultura del Sustituto, de la cual no se puede escapar.

*I Can't Let Go - Spanish*